

LAS ZONAS VERDES DE MADRID

SIGLOS XVI-XIX

María del Carmen Ariza Muñoz

Entre los siglos XVI y XIX, las zonas verdes de Madrid fueron considerablemente aumentadas. Esta era una pequeña Villa, con un abigarrado y árido casco urbano, en el que las únicas zonas verdes eran los jardines geométricos y las huertas de las viviendas privadas y de los conventos. A la vez, la Villa se fue rodeando de extensos Reales Sitios, propiedad de la Corona.

Siguiendo el ejemplo iniciado por Carlos III, a finales del siglo XVIII, que realizó los primeros paseos arbolados y reformó el Salón del Prado (en el que ubicó el Jardín Botánico), durante el siglo XIX, bajo el patrocinio del Ayuntamiento, la Villa fue siendo dotada de calles arboladas, plazas ajardinadas y grandes parques públicos, en los que se mezclaban el tradicional jardín geométrico y el paisajista, éste de moda durante esta centuria.

EN el presente artículo pretendemos dar una visión general de las principales zonas verdes con las que ha contado Madrid a lo largo de cuatro siglos, desde el XVI al XIX, desde que fuera elegida por Felipe II como sede de la capital del Reino, hasta comenzar nuestra centuria.

Con esta panorámica, podremos ver cómo esta capital pasó de ser una pequeña Villa (compuesta por un abigarrado y compacto casco urbano, de calles estrechas y sin arbolado, con total ausencia de zonas verdes públicas, ya que las únicas existentes fueron los jardines y huertas de los conventos y de las modestas viviendas privadas) a una capital, aunque no a la altura de las grandes ciudades europeas, de mayor extensión superficial, con calles arboladas, paseos de tipo bulevar, plazas ajardinadas y con dos grandes parques públicos.

María del Carmen Ariza Muñoz es profesora titular de Historia del Arte de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.

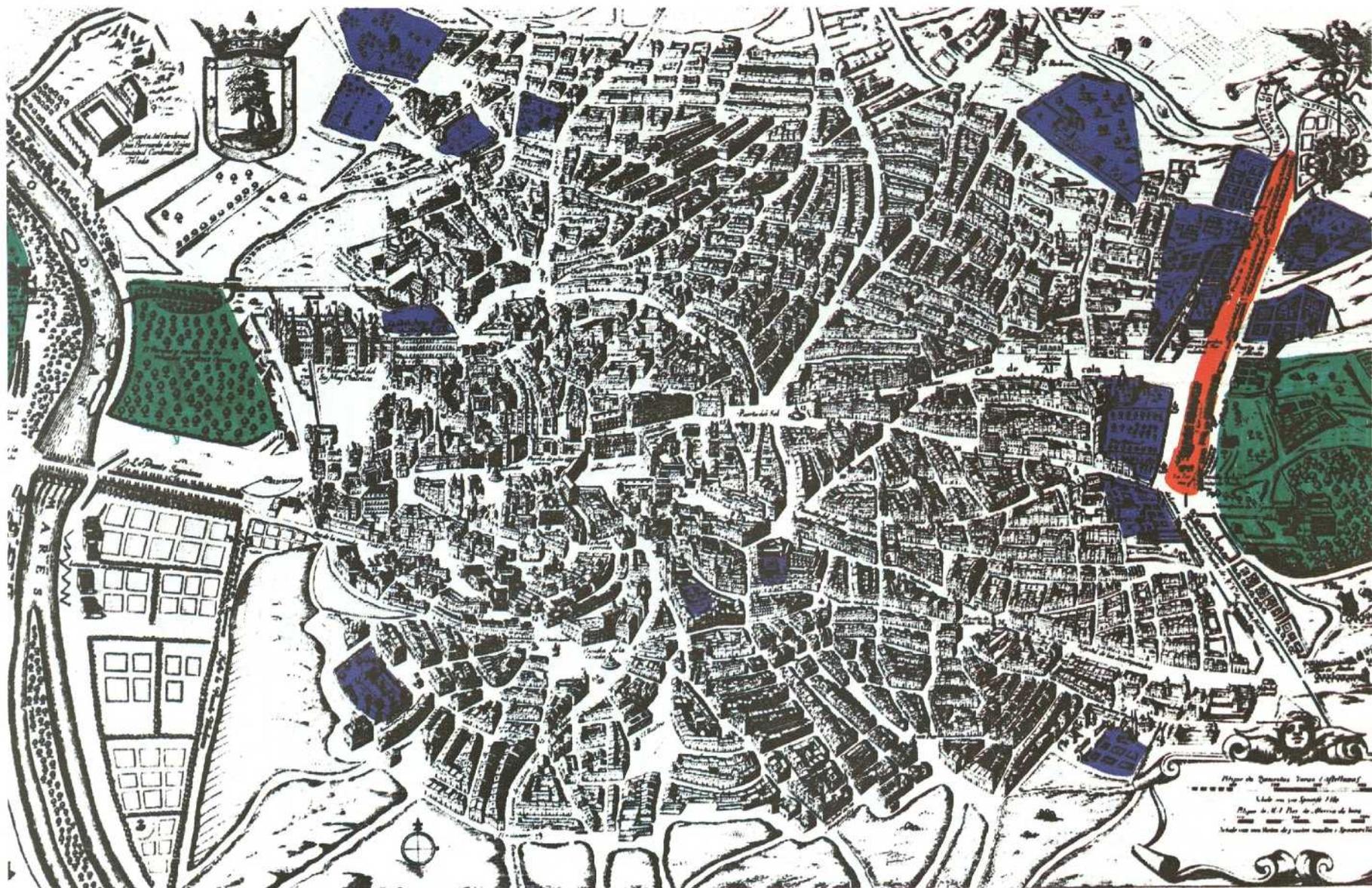
The green zones of Madrid: XVI th.-XIX th. centuries

Between the sixteenth and nineteenth centuries, the green zones of Madrid were greatly increased. This was a little «villa», with a variegated and arid urban centre, in which the only green zones were the geometric gardens and the vegetable gardens of its private houses and convents. At the same time, the «villa» was surrounded by vast «Reales Sitios».

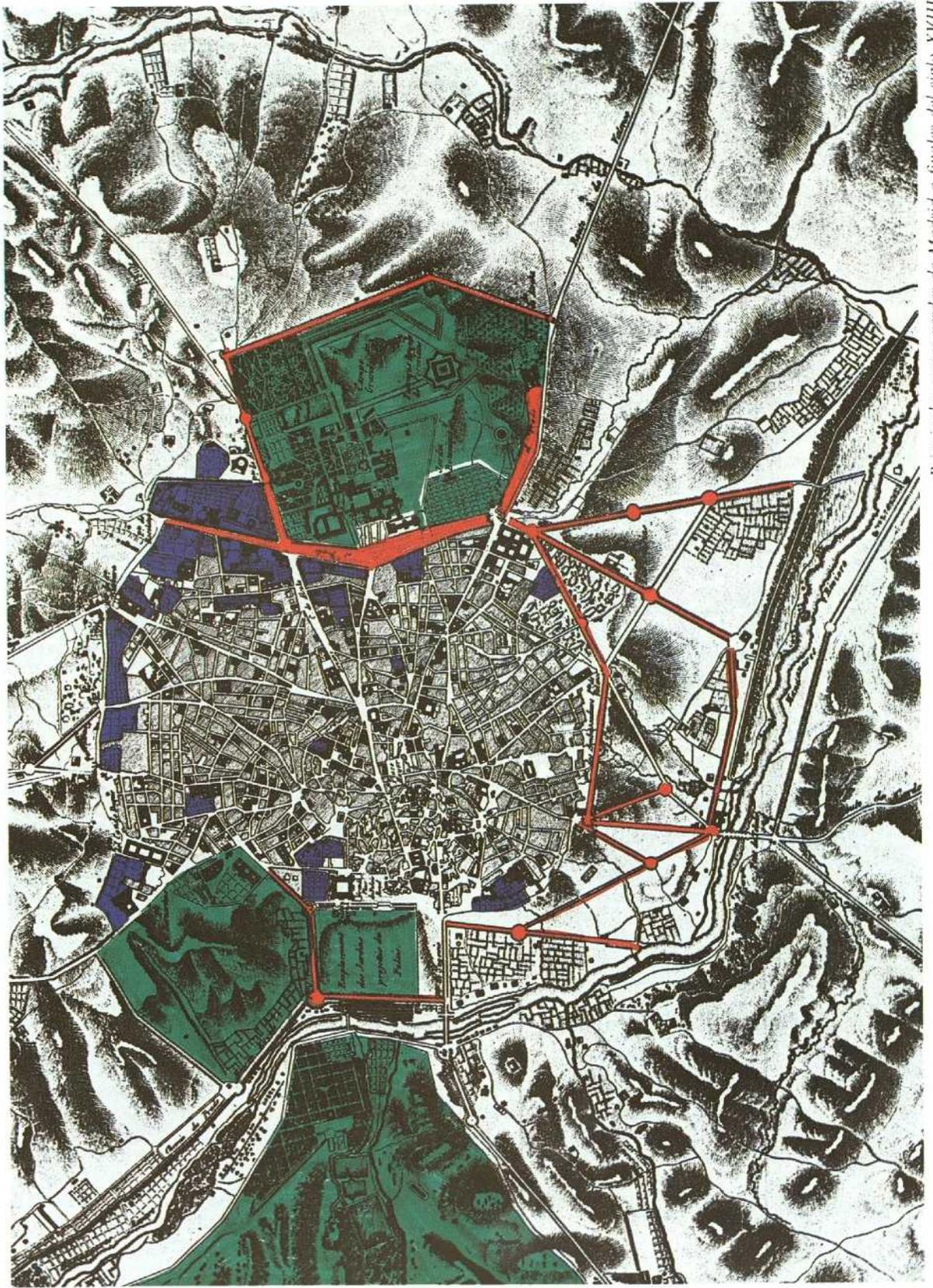
Following as in the tradition begun by king Charles III at the end of the eighteenth century by his setting out of wooded walks and refashioning of the Salas del Prado, where he laid out the Botanical Gardens, during the nineteenth century, the City Council gave to the «villa» many wooded streets, squares and large public parks, in which were mixed geometric and English Gardens, as was fashionable during that period.

Igualmente, veremos cómo antes del siglo XIX la creación de las zonas verdes en esta ciudad se debió a la iniciativa particular y de la Corona, empezando en la centuria decimonónica la actuación municipal, que procuró dotar a la Villa de espacios verdes, abiertos al público, siguiendo el ejemplo de lo que se realizaba en otras capitales europeas, principalmente en París.

A lo largo de los siglos, el estilo del jardín utilizado fue el geométrico, de tipo renacentista italiano, aunque de manera más modesta, hecho a base de parterres bajos cuadrangulares, rodeando una fuente, conteniendo una gran cantidad de flores y, a veces, adornado con esculturas. Si bien este estilo geométrico siguió realizándose, a partir del siglo XIX, se puso de moda en nuestra capital el jardín inglés o paisajista, hecho a base de praderas, con paseos curvos y aprovechando desniveles, fiel reflejo de un mayor acercamiento a la naturaleza, puesto de moda en la Europa del siglo XVIII. En estos jardines se veían una gran

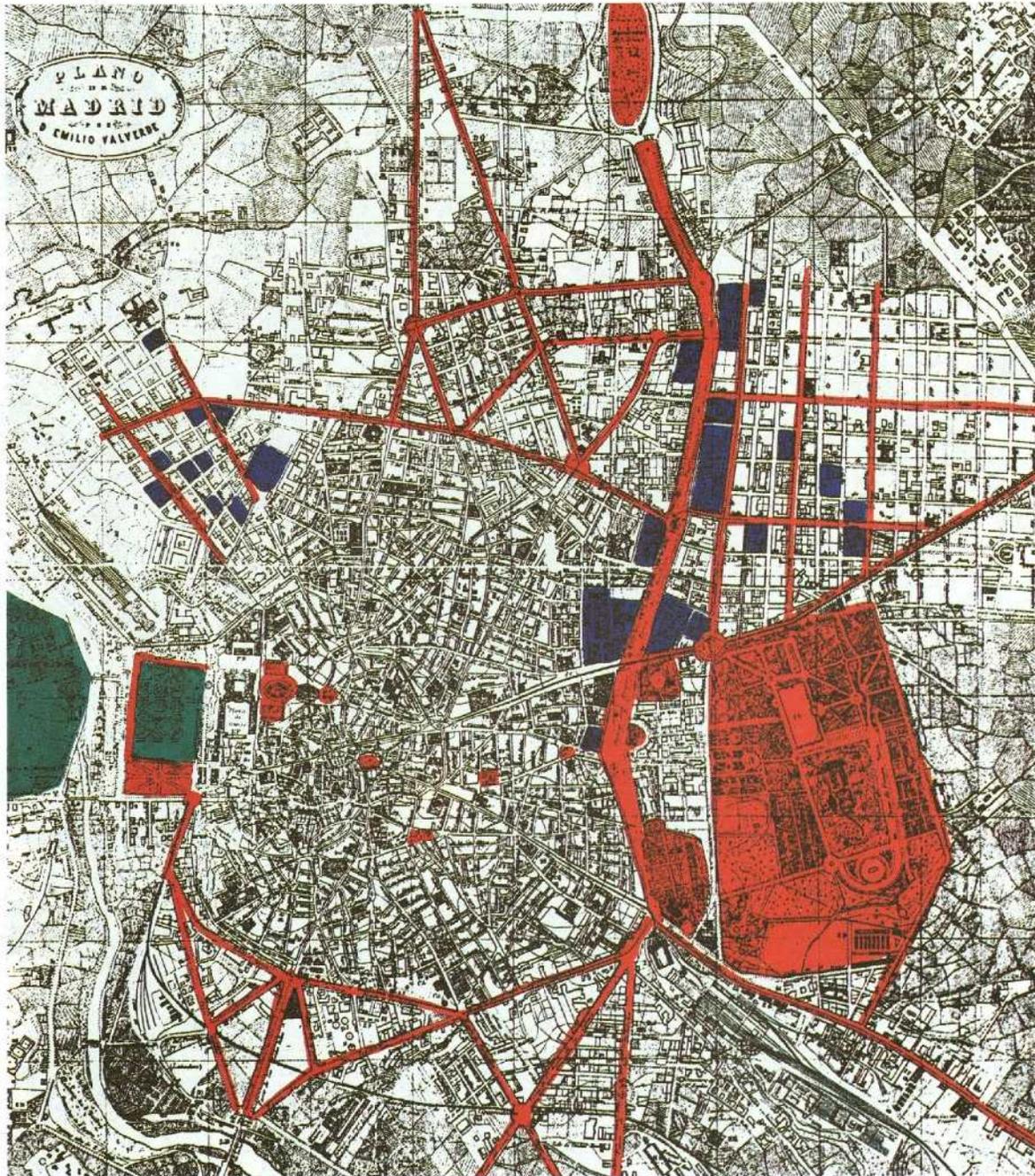


Principales zonas verdes de Madrid a finales del siglo XVII



Principales zonas verdes de Madrid a finales del siglo XVIII

- CLAVE
- De la Corona
 - Públicas
 - Privadas



CLAVE

De la Corona	■
Públicas	■
Privadas	■

Principales zonas verdes de Madrid a finales del siglo XIX

cantidad de flores, arbustos y árboles (siendo los más utilizados los olmos, las acacias, las moreras, etc., a los que se sumaron más tarde los plátanos y los castaños de Indias, las coníferas y otros muchos).

1. EL MADRID DE LOS AUSTRIAS (LOS SIGLOS XVI y XVII)

Cuando, en 1561, Felipe II trasladaba la Corte a la Villa de Madrid, ésta presentaba su abigarrado caserío medieval, que empezó a aumentar de modo incontrolado, ya que la población pasó de unos 20.000 habitantes, a comienzos de dicho reinado, a unos 60.000 al final del mismo (1). El

asentamiento de la Corte en esta población supuso la construcción de numerosos conventos y modestos palacios (aunque ricamente decorados en su interior), así como nuevos barrios de humildes viviendas. Sin embargo, este notable crecimiento de la Villa no llevó consigo un cambio en su trazado urbano, que seguía el tradicional medieval, a base de calles estrechas, de gran aridez, ya que no se veía en ellas ningún árbol, ni ninguna zona verde abierta, que pudiese servir de respiro a los madrileños, sobre todo en los calurosos días de verano.

Como hemos indicado anteriormente, las únicas zonas verdes con que contaba la población eran las huertas y los jardines de las viviendas particulares y de los conventos, que no se abrían al entramado

(1) NAVASCUES PALACIO, P. (1980): *Madrid. Testimonio para su historia hasta 1875*. Madrid, p. 16.

urbano, ya que estaban limitados por feas y altas tapias.

El tipo de jardín imperante era el geométrico, derivado, aunque de manera más modesta, del renacentista italiano, consistente en varios parteres cuadrangulares recortados, que rodeaban una fuente. En estos jardines solía haber una gran variedad de flores, desordenadamente distribuidas (lo que les daba un cierto toque árabe, acentuado por la aparición de fuentes y bancos de cerámica), adornándose los más ricos con diversas esculturas, aunque sin llegar a la opulencia y riqueza de los de las villas italianas del Cinquecento, que pueden ser considerados como verdaderos jardines-museo.

Este es el tipo de jardín que se puede observar en el precioso y detalladísimo plano de Texeira, de 1656, ya que fue el que siguió imperando durante el siglo XVII.

A lo largo de esta centuria, el casco urbano seguía presentando el aspecto anteriormente mencionado, siendo descrito, en 1623, por Wynn como: «la ciudad es de forma circular, los edificios están muy espesos, pues no hay en toda la ciudad ni patios traseros ni jardines» (2), a la vez que seguía la secular carencia de zonas verdes y de espacios abiertos (salvo excepciones como la realización de la plaza Mayor de Juan Gómez de la Mora), por lo que continuaba siendo una pobla-

ción árida y poco porosa, que, en tiempos de Felipe IV, contaba ya con unos 100.000 habitantes.

La única zona verde era el límite oriental de este compacto caserío, formada por el paseo de los Jerónimos y el Prado de Recoletos, compuestos únicamente por simples alineaciones de árboles, que en el siglo XIX se amplió hacia el Norte con el nuevo paseo de la Fuente Castellana.

El aspecto terroso del entramado urbano, de gran aridez, debido a la escasez de espacios verdes abiertos y públicos y por el color de los pobres materiales de construcción empleados en sus edificios (adobe, ladrillo, madera, teja, etc.), se veía acentuado por las tierras que lo rodeaban, dedicadas al cultivo de cereales y huertas.

Sin embargo, en el Madrid de los Austrias se produjo, en materia de espacios verdes, una importante novedad, como fue la creación de dos grandes Reales Sitios: uno, la Real Casa de Campo (creada por Felipe II, en el siglo XVI, en el lado occidental), y otro, el Real Sitio del Buen Retiro (mandado hacer, en el siglo XVII, en tiempos de Felipe IV, en la parte oriental de la Villa). Con ello, la terrosa y compacta Villa se veía flanqueada por dos extensas manchas verdes, destinadas al exclusivo uso de la familia real.

1.1 La Real Casa de Campo

Como consecuencia de la instalación de la familia regia en el antiguo Alcázar, Felipe II, muy aficionado al arte de la jardinería, vio la necesidad

(2) SHAW FAIRMAN, P. (1966): «Madrid y los madrileños del siglo XVII, según los visitantes ingleses», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, vol. I, p. 140.

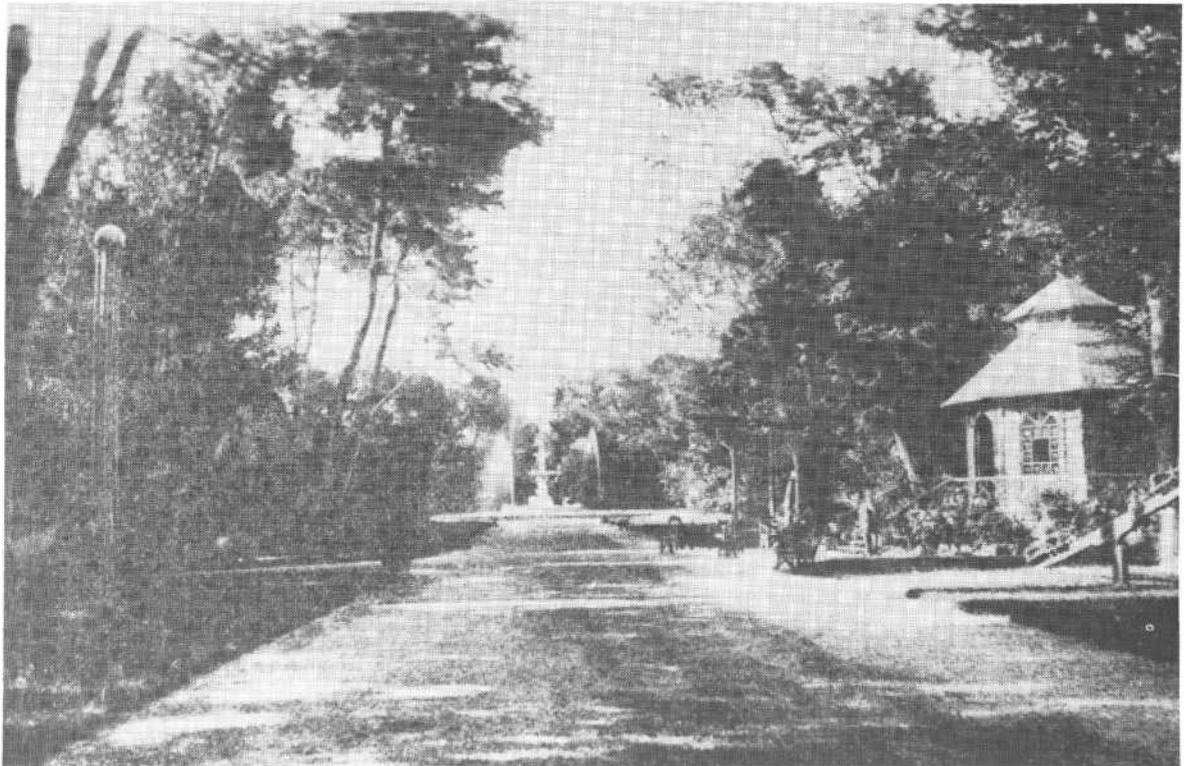


Figura 1. Quiosco y gimnasio del Campo del Moro (1897)

de dotar a esta residencia de unos terrenos, que sirviesen de expansión a los habitantes de este castillo-palacio, como lo prueba el pasadizo existente entre ella y el actual Campo del Moro.

Por ello, y siendo aún príncipe, ordenaba, entre 1553 y 1554, al corregidor Francisco de Sotomayor la plantación de gran cantidad de árboles (chopos, álamos, sauces, etc.) con el fin de formar un Real Bosque a la otra orilla del río Manzanares. Pocos años más tarde, siendo ya rey, mandaba adquirir diversas tierras de labor, viñas y olivares de diversos propietarios (3), con las que se formó un extenso y frondoso Real Sitio, destinado a lugar de caza y zona de esparcimiento de la familia real, que pasaba largos ratos en el llamado Reservado, que era una zona limitada por sus propias tapias, dentro del cual se hallaba la casa-palacio (construida con ladrillo, piedra y cubierta abuhardillada de teja, a base de dos cuerpos extremos y uno central con las fachadas principales porticadas, con columnas toscanas, y abiertas a los jardines que la rodeaban).

Estos jardines del Reservado respondían al tipo anteriormente mencionado, el geométrico de estilo renacentista italiano, junto con ese toque árabe que le daban las numerosísimas flores, además de las fuentes y de los bancos de cerámica. No faltaron tampoco fuentes de mármol (como la de las Conchas, hoy en el Campo del Moro) y esculturas de tipo mitológico y áulico (entre las que destacaba la de Felipe III, que hoy podemos ver en la plaza Mayor).

Entre las distintas calles arboladas de este frondoso Reservado se hallaban diversos invernaderos, una Gruta Artificial, una Sala de Burlas, además de otras diversiones.

Durante el siglo XVII, la Real Casa de Campo entró en un período de clara decadencia, debido a que Felipe IV no prestó tanta atención a este lugar, desde que comenzó a construir, a partir de 1630, el Real Sitio del Buen Retiro. Esta pérdida de importancia se refleja en las descripciones de algunos visitantes, tales como Brunel, que dijo de ella: «es un mezquino lugar de recreo, donde no hay sino algunos paseos de árboles y un bosque». La opinión de Mme. D'Aulnoy es algo más favorable: «la Casa de Campo no es muy grande, pero está bien situada cerca del Manzanares; los árboles son allí muy altos y ofrecen agradable sombra; el agua no escasea... Este lugar, bastante abandonado, tiene Casa de Fieras, donde he visto leones, tigres, osos...» (4). Por último, mencionaremos la precisa descripción que hizo el conde florentino Lorenzo Megalotti: «por un portón que nada tiene de regio, se entra por un pasadizo. A mano derecha se angosta por un paseo muy corto, que conduce a la Casa del Rey, la cual en Toscana no sería impropia de un particular acomodado. Podría decirse que es

un pedazo de casa, construida toda en ladrillo... El jardín contiguo al Palacio no es sino un cuadro circundado de muros..., entrecruce de dos paseos con una plaza en medio, circundada de árboles altísimos, que encierran en el centro un fuente mármol blanco...» (5).

1.2 El Real Sitio del Buen Retiro

Como hemos dicho, una de las causas de la decadencia de la Casa de Campo fue la atención que Felipe IV dedicara a la creación del Buen Retiro, empezado a construir a partir de 1630.

En el nacimiento de este Real Sitio intervino directamente el conde duque de Olivares, para el que, incluso, cedió una pequeña «quinta», para muchos con la pretensión de tener alejado al monarca de los asuntos de Estado, tal como dice una sátira anónima:

Meliso.-Fabricarás

para el Rey, en Madrid, un gallinero;
luego, en mayor espacio,
trazarás una huerta y un palacio
lustre de aquella villa,
y en el mundo primera maravilla,
con alegre deporte
obligue al rey á no dejar la Corte;
y donde, distraído,
a todo lo demás ponga en olvido (6).

El lugar elegido para ubicar esta real posesión fue la zona oriental, aprovechando el llamado «Cuarto», que hiciera Carlos V y Felipe II ampliara, con el fin de que sirviera de lugar de «retiro», de ahí el nombre de este Real Sitio, a la familia real en épocas de luto, Cuaresma, etc., situado junto al monasterio de los Jerónimos.

Este primitivo carácter recoleto del lugar cambió totalmente con Felipe IV, que utilizaba las extensas tierras adquiridas como lugar de recreo y expansión, dando en él diversos espectáculos, como corridas de toros, luchas entre animales, representaciones teatrales, naumaquias en el Estanque Grande, que también era navegable, etc.

Hacia 1630 dieron comienzo las obras, que se llevaron a cabo con una gran celeridad. La parte arquitectónica corrió a cargo del aparejador de las Obras Reales, Alonso Carbonell, que dejó su trabajo en la Casa de Campo para dedicarse al Buen Retiro, siendo ayudado por diversos aparejadores. Todos ellos, bajo la supervisión de Juan Bautista Crescenci, ejecutaron, entre la actual calle de Alfonso XII y el paseo del Prado, un amplio conjunto palaciego, compuesto por diversos patios yuxtapuestos hechos a base de ladrillo, piedra y cubiertas abuhardilladas de pizarra, entre los que destacaba el Patio de Fiestas, que presentaba una torre con su chapitel en cada ángulo, clara muestra del primer barroco castellano (7). De él se conserva

(3) Archivo del Palacio Real Leg. 1.229, exps. 34, 35, 36, 88. Sección Administrativa.

(4) DELEITO Y PIÑUELA, J. (1935): *El rey se divierte*. Madrid, p. 248.

(5) *Ibidem*.

(6) MONREAL, J. (1880): «Las costumbres del siglo XVII.

Las fiestas del Retiro», en *La Ilustración Española y Americana*, 15 octubre 1880, núm. XXXVIII, p. 223.

(7) ARIZA MUÑOZ, M. C. (1985): «La Casa de Campo y el Buen Retiro: jardines madrileños que fueron del Real Patrimonio», en *Reales Sitios*, núm. 85, tercer trimestre, p. 68, y ver «Los jardines del Buen Retiro: su época como Real Sitio». *Ciudad y Territorio*, julio-septiembre 1986, núm. 69, pp. 93-114.



Figura 2. Pabellón rústico en el Campo del Moro, diseñado por el jardinero Ramón Oliva (1893)

actualmente el lado norte, hasta hace poco museo del Ejército, en el cual se hallaba el Salón de Reinos o Salón del Trono, decorado con importantes óleos de retratos ecuestres y escenas de batallas como «La rendición de Breda», de Velázquez, hoy todos en el museo del Prado.

Otros edificios destacables de la zona palaciega fueron el Casón o Salón de Bailes (que, aunque muy remodelado, también conservamos) y el coliseo o teatro, ejecutado entre 1638 y 1640 (8).

Toda la zona palaciega se hallaba rodeada de jardines geométricos del tipo renacentista italiano, adornados con numerosas esculturas mitológicas y

(8) BROWN, J., y ELLIOTT, J. H. (1981): *Un palacio para un rey*, Madrid, p. 75.

áulicas (como la de Felipe IV, hoy plaza de Oriente).

El resto de la extensa posesión estaba formado por diversas zonas verdes, yuxtapuestas unas a otras y compuestas por simples alineaciones de árboles (entre las que destacaba el Jardín Ochavado, con un estanque, que aún conservamos, en el centro del cruce de varias calles arboladas), tal y como puede verse en el plano de Teixeira de 1656. Para estas labores de arbolado y jardinería se trajeron gran cantidad de plantas de todos los puntos del Imperio, así como numerosos jardineros venidos de Sevilla, Aranjuez o de los mismos Países Bajos. Completaban los 17.000.000 de pies de la superficie de la Posesión (9) algunas extensas zonas yermas destinadas a cazaderos de liebres.

Entre estas zonas verdes se veían algunos estanques, como el Ochavado y el Grande, en cuyo centro se levantaba una isleta, que en ocasiones se preparaba como escenario teatral. Del Estanque Grande, que era navegable, partían diversas rías por las que los reyes paseaban en sus embarcaciones hasta otra polilobulada que rodeaba la ermita de San Antonio de los Portugueses.

Esta ermita era la más importante de las numerosas que se veían salpicadas por todo el Real Sitio, respondiendo todas ellas al tipo de construcción de la zona palaciega, al estar hechas en ladrillo y rematadas por un chapitel de pizarra.

Con Carlos II, este frondoso oasis de recreo cayó en una etapa de clara decadencia, utilizándose casi exclusivamente para representaciones teatrales.

(9) MELIDA, M. (s.a): *Biografía del Buen Retiro*, Madrid, página 20.

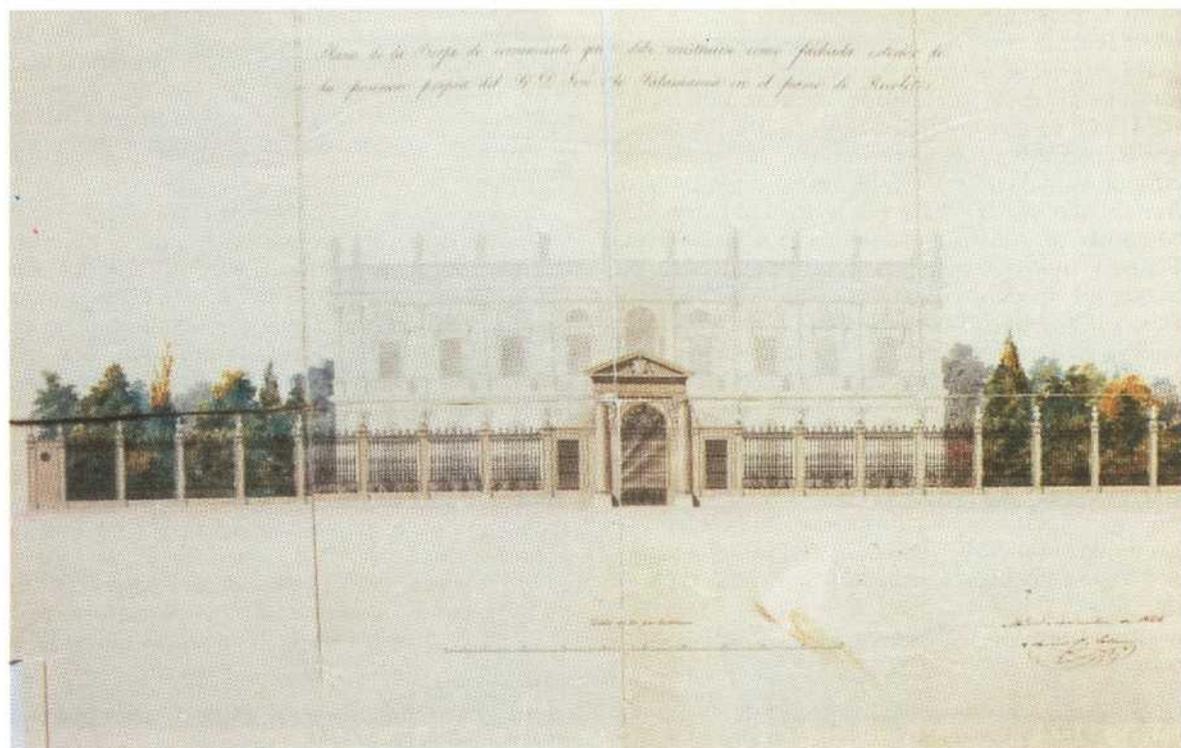


Figura 3. Verja, jardín y palacio del marqués de Salamanca en el paseo de Recoletos, por Narciso Pascual y Colomer (1846) (Archivo de Villa)

2. EL MADRID DE LOS BORBONES (EL SIGLO XVIII)

La llegada al trono español de la nueva dinastía borbónica, a comienzos del siglo XVIII, va a suponer para la capital importantes cambios arquitectónicos y urbanísticos, así como en materia de jardinería, como se desprende de las palabras dirigidas al alcalde de la villa en 1831: «bien sabido es, señor, que el pueblo de Madrid no empezó a recibir un aspecto agradable y urbano hasta el establecimiento en España de la augusta Casa de los Borbones» (10).

En efecto, la modesta Corte española no debió gustar a estos monarcas, el primero de los cuales, Felipe V, estaba acostumbrado a lugares como Versalles y otros refinados jardines. Por ello mandaron venir numerosos artistas, fundamentalmente franceses e italianos, para mejorar el aspecto de sus pobres residencias y de sus jardines. Como lo que nos interesa en este artículo son las zonas verdes de Madrid, solamente haremos mención de algunos de los más importantes jardineros, como el francés Loinville, la interesante familia de los Boutelou o los italianos Juseppe Lumachi, Pietro Piccioli, etc.

El tipo de jardín más utilizado durante el siglo XVIII siguió siendo el geométrico tradicional; sin embargo, a finales de la centuria, empezó a introducirse en los jardines de los alrededores de la capital el estilo inglés o paisajista, puesto de moda durante este siglo en Europa desde que William Kent hiciera los primeros jardines de estilo chinos en Inglaterra.

Muestra de lo poco que gustaron los REALES SITIOS existentes en la capital a Felipe V fue, además de la construcción del nuevo Palacio Real [para el que se hicieron numerosos proyectos de jardines (11)], la pretendida reforma del BUEN RETIRO, ya que encargó a dos arquitectos franceses, René Carlier y Robert de Cotte, la transformación de su palacio y sus jardines en otros de gusto francés, aunque la idea no llegara a realizarse (12). Mientras se construía la nueva residencia regia, Felipe V tuvo que instalarse en el Buen Retiro, por lo que fue necesario que remodelase algunas estancias, a la vez que lo convertía en un marco idóneo para la celebración de diversos espectáculos, entre los que destacaron las óperas italianas cantadas por el famoso Farinelli.

Estos espectáculos se dieron de manera más esporádica en tiempos de Carlos III, durante cuyo reinado esta población pasó a desempeñar dos nuevas funciones: la funeraria (al crearse un cementerio modelo) y la industrial (al construir el soberano en el lugar en que hoy se levanta la fuente del Ángel Caído, la Real Fábrica de Porcelana, destruida por los ingleses en 1812). Este monarca

ilustrado permitió que los madrileños entrasen en este Real Sitio en determinadas horas y cumpliendo rígidas condiciones (13).

El otro Real Sitio existente, la CASA DE CAMPO, vio grandemente aumentada su superficie con la compra de amplios terrenos, muchos de los cuales se dedicaron al cultivo de cereales y huertas, así como a la cría de ganado.

También durante el siglo XVIII se produjo la creación de un nuevo REAL SITIO, el de LA FLORIDA, por deseo de Carlos IV, que adquirió diversas fincas, entre las que destacaba una de la duquesa de Alba. En él se daban, como en la mayor parte de los Sitios Reales, las funciones recreativa y productiva.

2.1 Los jardines de los palacios privados

Siguiendo el ejemplo de la Corona, las grandes familias de la nobleza empezaron a construir, desde mediados del siglo XVIII, sus elegantes palacios, que se fueron ubicando en las cercanías de algunos de los Reales Sitios y fuera del casco urbano. Estos palacios dieciochescos se diferenciaron claramente de los viejos caserones del interior de la población tanto por su refinada arquitectura como por los amplios jardines que los rodeaban. De ellos nos pueden servir de ejemplos el palacio de Buenavista, el de Villahermosa o el de Liria.

2.2 Los jardines botánicos de Madrid

Una de las grandes novedades desde el punto de vista científico y en materia de jardinería, introducidas por los reyes borbones en nuestra capital, fue la creación de sus jardines botánicos.

Aunque este tipo de instalaciones fueron numerosas en el siglo XVI, fue en el siglo XVIII, el de Las Luces, «el de las sólidas empresas utilitarias, el de la ciencia y el de la razón, fue también el que se complugó en crear los jardines botánicos» (14). Así se crearon los de Cádiz, Valencia, Barcelona, Zaragoza, etc.

En Madrid se dio el curioso caso de tener su jardín botánico, en pocos años, un doble emplazamiento. El primero, fundado en 1775 por Fernando VI en el denominado Soto de Migas Calientes, en el camino de El Pardo, llevado a cabo por el botánico José de Quer. Sin embargo, por estar lejos de la capital, el jardín se fue descuidando hasta tener un deplorable aspecto.

Por ello, Carlos III, a instancias del profesor Casimiro Gómez Ortega y del primer médico de cámara e intendente del botánico, Murcio Zona, así como con el patrocinio del conde de Florida-blanca, creaba por Real Orden de 25 de julio de 1774, el actual jardín botánico del paseo del Prado (15), como un elemento más de cultura, realizado en esta época en la llamada «Colina de las

(10) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 1.^a 132-13.

(11) ARIZA MUÑOZ, M. C. (1984): «Los jardines madrileños en el siglo XVIII», en *Catálogo de la Exposición de Madrid y los Borbones en el siglo XVIII*, Madrid, pp. 152-153.

(12) BOTTINEAU, Y. (1960): *L'Art de Cour dans l'Espagne de Philippe V*, Bourdeaux, pp. 262-267.

(13) FERNANDEZ DE LOS RIOS, A. (1876): *Guía de Madrid*, Madrid, pp. 360-361.

(14) D'ORS, E. (1964): *Lo Barroco*, Madrid, p. 33.

(15) Archivo del Jardín Botánico. Caja 18, signat. antigua, carpeta 56.

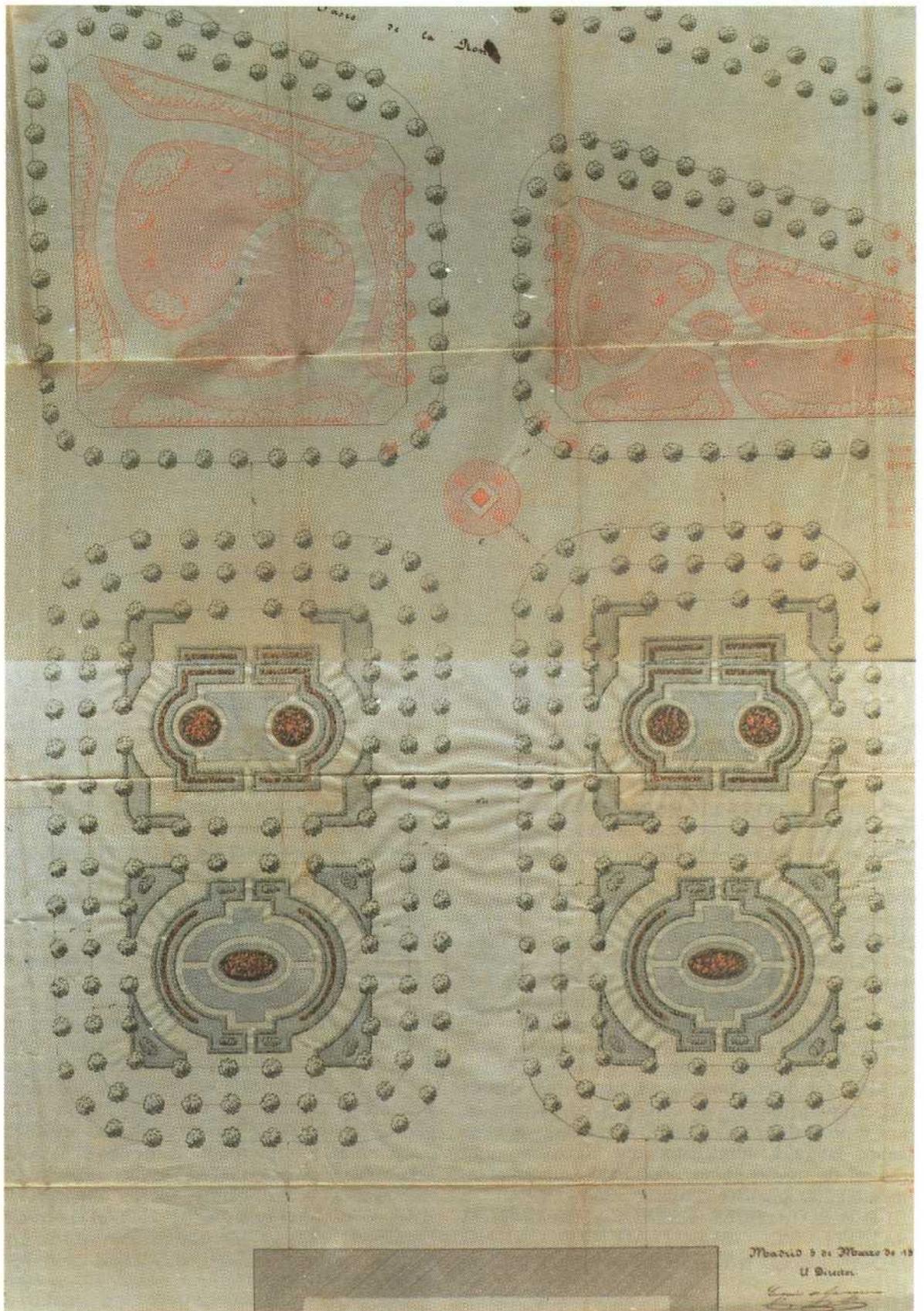


Figura 4. Proyecto de jardín delante del Palacio de Justicia, por Eugenio de Garagarza (1879) (Archivo de Villa)



Figura 5. La ría de los Campos Eliseos en 1864

Ciencias», junto con el Observatorio Astronómico, el museo de Ciencias (hoy, museo del Prado), etc., obras de Juan de Villanueva.

También intervino nuestro mejor arquitecto neoclásico en la realización del nuevo jardín botánico, ya que construyó su Estufa Fría (adosada a la tapia oriental y con un frente porticado a base de columnas toscanas). Igualmente se debe a Juan de Villanueva la puerta granítica de la plaza de Murillo (en la que, empleando elementos clásicos, se acerca en su concepción espacial a las puertas hispanomusulmanas). Hasta hace poco tiempo se ha venido atribuyendo al mismo arquitecto la otra puerta monumental que se ve en el paseo del Prado; sin embargo, recientes investigaciones parecen indicar que su autor fue Francisco Sabatini (16), que diseñó una puerta mucho más dentro del estilo arquitectónico clasicista, consistente en una especie de arco de triunfo compuesto por dos vanos laterales adintelados que flanquean uno central de medio punto, sosteniendo un entablamento en el que se ve la inscripción «CAROLUS III P. P. BOTANICES INSTAURATOR CIVIUM SALUTI ET OBLECTAMENTO. ANNO MDCCLXXXI», rematado por un frontón triangular.

Aunque parece que Juan de Villanueva intervino también en la parte botánica, ya que fue un buen diseñador de jardines, siendo para Chueca Goitia el introductor en España del estilo paisajista en el jardín del Príncipe, de Aranjuez (17). Sin embargo, no está probada su intervención en la parte botánica del jardín del paseo del Prado, que corrió a cargo de Casimiro Gómez Ortega, quien tuvo presente para su diseño el jardín botánico de París.

El trazado de este terreno, de 30 fanegas en suave pendiente, consistió en tres terrazas, la superior o de la Flor (en la que está la mencionada Estufa Fría, dos estanques y calles arboladas, que dejaban entre ellas doce cuadros en los que se plantaron árboles y numerosas flores), la intermedia o Escuela Práctica o Botánica (con dos fuentes y catorce cuadros, a su vez divididos en cuatro partes, en los que se pusieron plantas ordenadas por familias) y la inferior, lindante con el paseo del Prado (con cuatro fuentes y dieciséis cuadros rectangulares, cuyas plantas fueron ordenadas, al igual que el nivel intermedio, según el sistema de Linneo) (18). Entre los tres niveles se trazaron, además de otros menores, dos largos ejes N-S y uno principal E-W.

(16) AÑON FELIU, C. (1984): «Noticias sobre los Reales Jardines Botánicos de Migas Calientes y el Prado», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, vol. XXI, p. 21 de la separata.

(17) CHUECA GOITIA, F., y DE MIGUEL, C. (1949): *Juan de Villanueva*, Madrid, p. 263.

(18) COLMEIRO, M. (1875): *Bosquejo histórico y estadístico del Jardín Botánico de Madrid*, Madrid, p. 18.

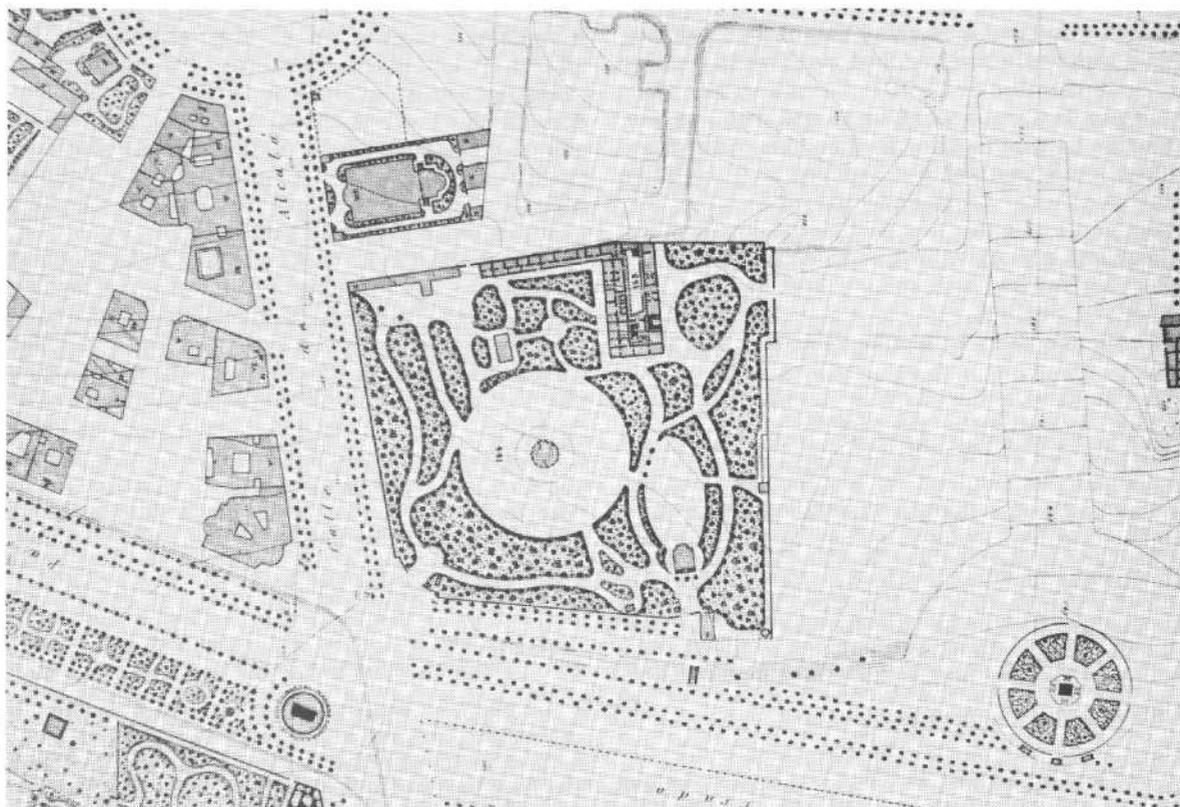


Figura 6. Los jardines del Buen Retiro, según el plano de Ibáñez Ibero (1872-1874)

Completaba la superficie del jardín botánico unos amplios terrenos situados en la parte meridional, cerrados por sus propias tapias y destinados al cultivo de huertas, viñedos, viveros, etc. Estos terrenos se perdieron a finales del siglo XIX para construir en ellos diversos edificios (como el Ministerio de Fomento) y realizarse algunas reformas urbanas.

A lo largo de los años se fueron recibiendo para el nuevo jardín numerosas plantas, unas traídas del antiguo botánico de Migas Calientes, otras de las muchas expediciones que se organizaban al Nuevo Mundo, etc. A la vez, se iban construyendo diversas estufas, un emparrado, etc.

2.3 La jardinería urbana: el paseo del Prado y otros paseos arbolados

A pesar de las reformas puntuales llevadas a cabo por los monarcas borbones, hubo que esperar al reinado de Carlos III para ver cómo en Madrid se emprendían diversas reformas urbanas. Así, nuestro más importante monarca ilustrado, conocido también como el mejor alcalde de la capital, procuró dotarla de diversas puertas monumentales (como la de Alcalá, realizada por Sabatini) y los edificios ya reseñados en la «Colina de las Ciencias», a la vez que se realizaban los primeros paseos rectos, largos y arbolados, principalmente con olmos, que contrastaban con las áridas y

estrechas calles del antiguo casco urbano. Estos nuevos paseos, que unían la población con el río, partían, dispuestos a modo de tridentes, de la Puerta de Toledo y de la de Atocha (entre los que destacaba el paseo de las Delicias, uno de los preferidos por los madrileños, como puede verse en el cuadro de Francisco Bayeu).

Sin embargo, una de las máximas realizaciones urbanísticas emprendidas por Carlos III para potenciar la imagen-símbolo de una capital propia de la Europa ilustrada (19) fue la ejecución del Salón del Prado, diseñado por el ingeniero militar José de Hermosilla, en forma circoagonal, con los extremos adornados con las fuentes de Neptuno y de Cibeles y en el centro la de Apolo, todas ellas ideadas por Ventura Rodríguez. Completaba la ornamentación del paseo un frondoso arbolado dispuesto en varias hileras, convirtiéndose en «uno de los mejores de Madrid, y el paseo más cómodo a pie y en coche que puede imaginarse, debido principalmente al celo, buen gusto y actividad del excelentísimo conde de Aranda» (20).

3. LAS ZONAS VERDES DEL MADRID DECIMONONICO

Durante el siglo XIX, la capital vio aumentar de manera notable sus zonas verdes. Por una parte, durante muchos años de la centuria siguió mante-

(19) NAVASCUES PALACIO, P. (1978): *Historia del arte hispánico: del neoclasicismo al modernismo*, vol. V, Madrid, página 16.

(20) PONZ, A. (1972): *Viaje de España*, edic. facsimil, Madrid, p. 27, nota 31.

niendo sus antiguos Reales Sitios, a la vez que se creaban otros nuevos como el Casino de la Reina, Vista-Alegre y el Campo del Moro. Tras la revolución de septiembre de 1868, la Corona sólo conservó la Casa de Campo y el Campo del Moro, ya que la Florida pasó al Estado, perdiéndose como zona verde al edificarse sobre su superficie, y el Buen Retiro pasó a ser propiedad municipal.

También aumentó la superficie de los jardines de las casas privadas, ya que se construyeron un gran número de palacetes y hoteles, con sus respectivos jardines, en los nuevos barrios que iban naciendo en el Ensanche de Carlos María de Castro.

En este siglo, en materia de jardines se van a producir importantes novedades, como fueron (además de las zonas verdes que se podían ver en los cementerios, aunque no pueden considerarse propiamente como tales) los llamados Jardines de Recreo (o zonas acotadas en las que el público, previo pago de una entrada, podía encontrar diversos espectáculos entre un frondoso arbolado) y la aparición de la verdadera jardinería urbana llevada a cabo por el municipio, que creó numerosos paseos arbolados, plazas ajardinadas y parques públicos.

3.1 Los viejos Reales Sitios

Con la llegada del siglo XIX se produjo en nuestro país la invasión de las tropas napoleónicas, tras cuya marcha de nuestro suelo las zonas verdes de la capital quedaron totalmente arrasadas. Este lamentable hecho fue patente en los Reales Sitios, que presentaban un aspecto muy cercano a la ruina. La tarea de reconstruirlos correspondió a Fernando VII, que consiguió dejar estos lugares en un buen estado.

Así, el «Deseado» monarca emprendió la reconstrucción de LA FLORIDA, tanto de su palacete como de otras dependencias, como la Casa de Vacas, etc., construyendo, además, una pequeña plaza de toros, la Fábrica de la China (heredera de la desaparecida del Buen Retiro), a la vez que rehizo los jardines y puso en cultivo las tierras de labor y las huertas. Esta faceta productiva fue también potenciada en la CASA DE CAMPO, donde se creó un importante vivero en 1805 (21).

Además de prestar atención a la productividad de los lugares, Fernando VII tuvo gran interés en el embellecimiento de sus Reservados, como el de la Casa de Campo, para el que hubo importantes proyectos, que no llegaron a realizarse. Sí que se llevaron a cabo las reformas pensadas para el reservado del BUEN RETIRO, que corrieron a cargo de Isidro González Velázquez, cuya atención se fijó preferentemente en el Estanque Grande, en cuyo lado oriental levantó el embarcadero (de estilo clasicista, desaparecido a comienzos de nuestro siglo, para erigir en su solar el monumento a Alfonso XII) y la fuente Egipcia (hoy, parcialmente conservada). Este lugar, acotado para el exclusivo

uso de la familia real, llegó a adquirir una gran frondosidad, siendo en él muy abundantes los árboles y las flores, entre los que el monarca mandó construir, además de la Casa de Fieras, los denominados «Caprichos» o pequeñas construcciones de carácter rústico, fieles exponentes del gusto romántico, y de los que aún nos quedan la Montaña Rusa, la Casa del Pescador y la Casa del Contrabandista (hoy, sala de fiestas).

Si bien Isabel II mejoró estos Reales Sitios, algunos de ellos sufrieron importantes mermas en su superficie. Tal fue el caso del Buen Retiro, que vio perder casi un tercio de su primitiva superficie cuando, en 1865, la soberana vendió al Estado la franja occidental, comprendida entre la actual calle de Alfonso XII y el paseo del Prado, que, a su vez, el Estado la enajenó a particulares, que fueron construyendo el elegante barrio del Retiro. Otras posesiones se perdían definitivamente para la Corona, como Vista-Alegre en 1846, al ser vendida al marqués de Salamanca, y el Casino de la Reina, al cederlo al Estado en 1867.

3.2 Los nuevos Reales Sitios

Ya hemos visto que, salvo alguna pérdida, los monarcas borbones mantuvieron las posesiones de la Corona ya existentes en la capital del Reino. Sin embargo, no por ello dejaron de crear otros nuevos, como fueron el Casino de la Reina y Vista-Alegre, nacidos en tiempos de Fernando VII, y el Campo del Moro, surgido por deseo de su sucesora.

El CASINO DE LA REINA, hecho sobre unos terrenos donados por el Ayuntamiento de Madrid a Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII, en 1817 (22). La zona, situada en la glorieta de Embajadores, tenía un gracioso palacete, jardines ornados con esculturas y fuentes, emparrados, invernaderos, etc., además de una ría navegable con su embarcadero.

Entre otras muchas fincas de las familias madrileñas acomodadas, Fernando VII mandó realizar la llamada de VISTA-ALEGRE, hoy ocupada por diversas instituciones benéficas. Esta posesión, muy rica en aguas, contaba con dos palacetes, una ría navegable, jardines, etc., sin olvidar extensas tierras de labor y huertas.

También Isabel II creó un nuevo espacio verde propiedad de la Corona; se trata del CAMPO DEL MORO, también conocido por Parque del Palacio, ya que se hizo con el fin de adornar los alrededores del nuevo palacio. Fue la reina la que ordenó, por Real Orden de 3 de julio de 1884, «la formación de un Parque o Jardín en el sitio conocido como Campo del Moro para que el Real Palacio tenga todo aquel decoro y brillantez correspondiente á la morada de los Reyes» (23). La reina encargó la ejecución de la obra al arquitecto mayor de palacio, Narciso Pascual y Colomer, que desde 1847 estuvo ayudado por el jardinero mayor Francisco Viet y Bayez, que consiguió convertir una superfi-

(21) Archivo del Palacio Real. Leg. 15 Casa de Campo, 1805.

(22) Archivo de Villa, A.S.A. Leg. 6-14-3, y Archivo del Palacio Real. Leg. 1.242, exp. 1, Sección Administrativa.

(23) Archivo del Palacio Real. Leg. 335, Sección Administrativa.

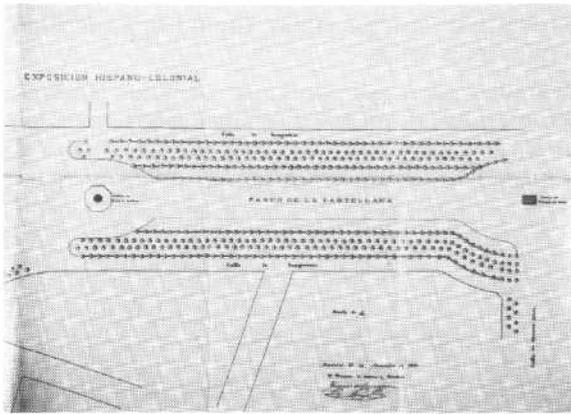


Figura 7. El paseo de la Castellana en 1883, dispuesto para colocar en él diversas estatuas. (Archivo de Villa)

cie erial en una frondosa zona donde se podían ver toda clase de árboles (álamos, castaños, cipreses, catalpas, acacias, plátanos de Indias, diversos frutales, etc.), arbustos y flores. En el eje principal, E-W, se pusieron dos bellas fuentes traídas de otros Reales Sitios, como son la de las Conchas y la de los Tritones, cerca de la que se construyó la bella Estufa Fría. Este trazado regular fue cambiado con la gran reforma mandada hacer por la reina regente María Cristina de Habsburgo-Lorena durante la última década del siglo XIX, ya que el jardinero

Ramón Oliva le dio un diseño paisajista a base de praderas con paseos curvos, surcados por dos rígidos ejes en cruz y con graciosos pabellones que hoy conservamos.

El año de 1868, con la Revolución de Septiembre, es clave para las zonas verdes del Real Patrimonio, ya que algunas se perdieron como tal (así sucedió con La Florida) o pasaron a otros propietarios (como ocurrió con el Buen Retiro, que se convirtió en parque municipal, y con el Jardín Botánico, que pasó a depender de la Universidad). Solamente siguieron perteneciendo a la Corona la Casa de Campo (hasta 1931) y el Campo del Moro (hasta 1978, en que se abrió al público).

3.3 Los jardines de las residencias privadas y de edificios públicos

Ya hemos indicado cómo la superficie de las zonas verdes de propiedad privada se vio grandemente aumentada, debido al gran número de palacetes y hoteles que se construyeron en los nuevos barrios nacidos con el Ensanche, como los de Salamanca, Argüelles, etc., así como a lo largo de importantes paseos, sobre todo flanqueando el de Recoletos y el de la Castellana. En sus jardines se veían trazados geométricos y paisajistas, en los que, en ocasiones, se levantaba un gracioso invernadero.



Figura 8. Paseo de la glorieta de Valencia en 1871

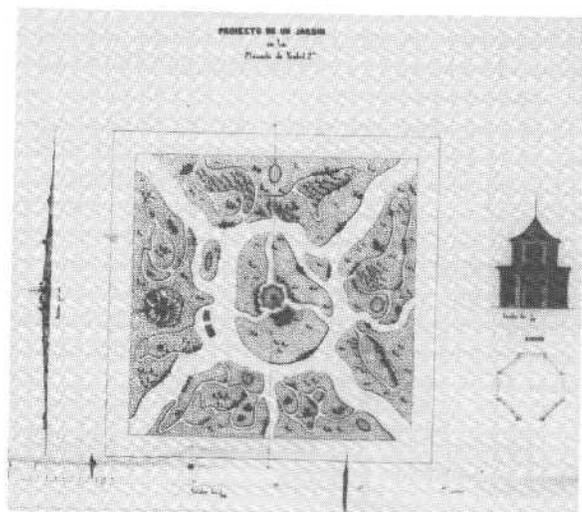


Figura 9. Proyecto de jardín para la plaza de Isabel II (1861). Archivo de Villa

Igualmente, fueron imprescindibles los jardines, junto con las huertas, en las fincas que se fueron haciendo las familias acomodadas madrileñas en los alrededores de la Villa, siendo muy abundantes en los Carabancheles. En la parte oriental de la ciudad era destacable la Quinta de la llamada Fuente del Berro (con su palacete, amplios jardines y famosa por la calidad de sus aguas; hoy convertida en parque público).

A ellas habría que añadir las zonas verdes de los conventos y monasterios, que continuaban cerra-

das dentro de sus feas tapias, como había sucedido en anteriores siglos.

También algunos importantes edificios públicos fueron ornados con bellos jardines, de los que nos pueden servir de ejemplo el proyecto que hiciera el arquitecto Eugenio de Garagarza, en 1879, para presidir la fachada principal del Palacio de Justicia (24), en el que se mezclan los dos estilos mencionados.

3.4 Los Jardines de Recreo

Aunque hubo antecedentes en siglos anteriores, un tipo de jardín característico del siglo XIX fue el denominado Jardín de Recreo, que consistía en un recinto acotado, en el que solamente se podía ingresar mediante el pago de una entrada, para allí poder presenciar diversos espectáculos, como representaciones teatrales, conciertos, fuegos artificiales, etc., o patinar, hacer ejercicios de tiro y otras actividades deportivas, durante la temporada primavera-verano, a la vez que se disfrutaba de una refrescante atmósfera, debido a la frondosidad del arbolado y de los jardines de estos lugares.

En el Madrid decimonónico, a imitación de los existentes en París, fueron numerosos estos Jardines, pero de entre todos destacaron los llamados Campos Elíseos, creados en la década de los años sesenta, en la superficie comprendida entre las actuales calles de Velázquez, Hermosilla, Castelló

(24) Archivo de Villa. Leg. 9-166-3.



Figura 10. Plaza Mayor y plaza del Progreso, ajardinadas (1872-1874)

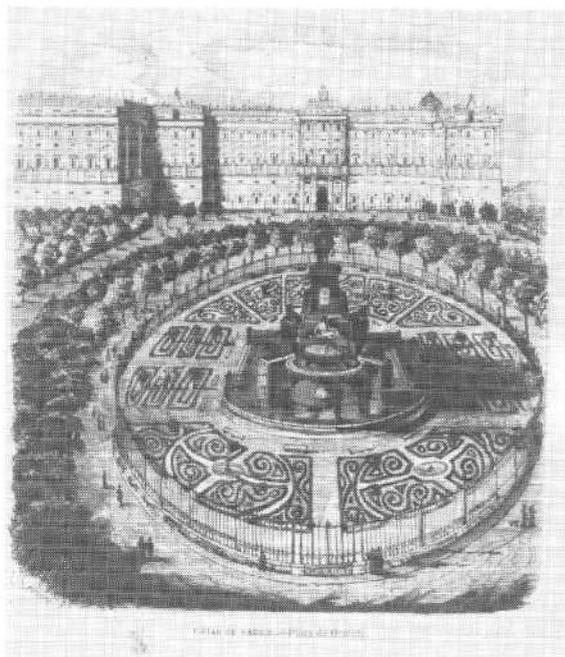


Figura 11. La plaza de Oriente en 1864

y Alcalá, que, aunque se hicieran de manera más modesta de la que se pensara al principio, se convirtieron en el lugar de moda de la temporada estival madrileña, ya que, en medio de un espeso arbolado, allí se daban representaciones teatrales, conciertos, corridas de toros, sesiones de patinaje, baños, servicios de restaurante, café, etc. (25).

Sin embargo, a pesar de la buena acogida que tuvieron, la vida de estos Jardines fue corta, puesto que pronto se empezó a construir sobre su superficie uno de los más característicos barrios del Ensanche, el de Salamanca. Por esto y para suplir su ausencia, el Ayuntamiento de Madrid, arrendaba, a partir de la década de los años ochenta, a empresarios particulares los denominados Jardines del Buen Retiro, desaparecidos en 1905 para construir sobre su superficie el Palacio de Comunicaciones de la plaza de Cibeles. En ellos los madrileños volvieron a encontrar los espectáculos y servicios anteriormente mencionados, en medio de un frondoso arbolado (26).

3.5 La jardinería urbana

Una de las principales novedades del siglo XIX, en materia de zonas verdes, fue la aparición de la jardinería urbana, planteada de manera sistemática por los municipios, aunque con algún antecedente en el siglo XVIII. Anteriormente, fue la iniciativa regia la que realizó algunas reformas, como había sucedido en el Madrid de Carlos III.

Ante el aumento del número de habitantes de las grandes ciudades europeas (en Madrid se pasó de unos 130.000, a comienzos de la centuria, a casi 500.000, a principios del siglo XX), la degradación

del medio ambiente, debida, entre otras causas, a la Revolución Industrial, se vio la necesidad de dotar a dichas poblaciones de diversas zonas verdes, para que contribuyeran a una mayor salubridad y desahogo de las mencionadas poblaciones.

La Villa de Madrid fue un claro ejemplo de esta actuación, ayudada por la nueva dotación de aguas del Canal de Isabel II y por la instalación de sus propios viveros (creados a partir de 1818 en el Soto de Migas Calientes), que se fueron ampliando en años sucesivos y con los que, con alguna compra a los de la Casa de Campo, Aranjuez, etc., logró abastecerse.

Los árboles más utilizados en esta jardinería urbana fueron, a comienzos de la centuria, el olmo y la acacia, a los que sumaron la morera, los plátanos de India, las coníferas, los castaños de India y otros muchos.

Fue en esta centuria, cuando se hicieron un buen número de calles y paseos arbolados, al ir plantándose árboles en las principales vías que iban surgiendo con el Ensanche de la capital (como las de Serrano, Velázquez, Princesa, etc.). Algunos de estos paseos fueron del tipo bulevar, hechos a imitación de los de París, en los que se pusieron quioscos y asientos para que sirviesen de solaz a los madrileños. De estos paseos destacaban los antiguos del Prado y de Recoletos, que fueron prolongados, en tiempos de Isabel II, con el de la Fuente Castellana, con lo que se consiguió un largo eje verde en sentido norte-sur, formado por varias hileras de árboles y algunas zonas de jardín.

El tradicional aspecto árido del antiguo casco urbano intentó aliviarse con la creación de diversas plazas ajardinadas, presididas por una estatua de un personaje ilustre, algunas de las cuales fueron hechas al modo de los «squares» londinenses. La primera en recibir estas mejoras fue la de Santa Ana, a comienzos del siglo XIX, pero fue a partir de 1860 cuando empezó a proliferar este tipo de zona verde, en todas las cuales, si bien se veía el diseño geométrico en su jardín, era muy frecuente también observar el paisajista, ahora de moda en nuestra capital, siendo calificadas por algunos observadores como «una especie de nacimientos» (27). Entre ellas, podemos citar la de las Cortes, la de Santo Domingo, la del Progreso o la de Oriente, esta última mandada hacer por Isabel II para embellecer el lado oriental del Palacio Real.

Un capítulo importante de la jardinería urbana decimonónica fue la creación de grandes parques públicos, cosa que ya existía en Inglaterra desde épocas anteriores y que, durante el siglo XIX, empezaron a proliferar en las capitales europeas. El ejemplo a imitar en nuestra ciudad fue París, donde nacieron nuevos parques, unos creados *ex novo* (como el Parc de Montsouris) y otros surgidos tras abrirse al público antiguos Reales Sitios (como el Bois de Boulogne y el Bois de Vincennes).

(25) ARIZA MUÑOZ, M. C. (1988): «Jardines de Recreo en el Madrid del siglo XIX: los Campos Elíseos», en *Goya* núm. 204, mayo-junio, pp. 343-351.

(26) ARIZA MUÑOZ, M. C. (1986): «Los Jardines de Recreo del Buen Retiro», en *Koiné*, junio, núm. 3, pp. 17-28.

(27) «La repoblación del arbolado», en *La Crónica*, abril 1890, núm. 318.

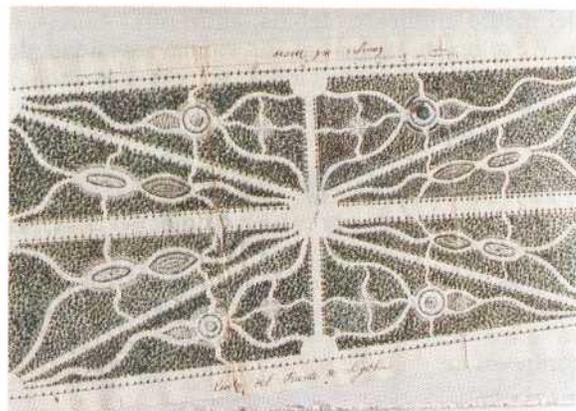


Figura 12. Proyecto de jardines para La Tela, por el director de Arbolado (1858-1859) (Archivo de Villa)

Nuestra capital, aunque con algunos años de retraso, también comenzó a tener importantes zonas verdes públicas, como La Tela (zona situada junto al Campo del Moro) y dos grandes parques: uno creado *ex novo*, el Parque del Oeste, cuya explanación comenzó a finales del siglo XIX, realizándose, ya en el XX, el mejor ejemplo de jardín a la inglesa de nuestra ciudad, a base de lagos, rías, praderas, paseos sinuosos, etc., además de monumentos, quioscos y un amplio Paseo de Coches.

El otro gran parque, el del Buen Retiro o de Madrid, fue el resultado de abrir al público el antiguo Real Sitio, como consecuencia de la Revolución de 1868 (28). El parque contaba con numerosos paseos y zonas ajardinadas, tanto geométricas como paisajistas, ornados con fuentes, estanques (entre los que seguía destacando el Grande, que se ornamentó, a comienzos del si-

(28) Archivo de Villa. A.S.A. Leg. 5-99-25. Ver además ARIZA MUÑOZ, M. C.: «Los Jardines del Buen Retiro: su época como parque municipal», en *Ciudad y Territorio*, octubre-diciembre 1986, núm. 70, pp. 3-26.

glo XX, con el bello monumento a Alfonso XII). El parque fue también un adecuado marco para la celebración de numerosos espectáculos, exposiciones (para las que se construyeron los Palacios de Velázquez y de Cristal), etc. No faltaron tampoco diversos invernaderos, esculturas y construcciones recreativas. El primer parque de la capital contaba igualmente con su Zoológico, su Paseo de Coches, etcétera, a la vez que se levantaron bonitas verjas por la calle de Alcalá y la recién abierta de Alfonso XII, en las que se abrieron diversas puertas monumentales.

3.6 Las zonas verdes de los cementerios

También las «ciudades de los muertos», surgidas tras la prohibición de enterrar en las inmediaciones de las iglesias que mandara Carlos III, para dar mayor salubridad a las poblaciones, contaron con sus zonas ajardinadas, aunque, salvo excepciones, en nuestra capital no fueron sino parterres y arbolado repartido, en ocasiones formando calles, entre las sepulturas.

Además de diversos arbustos, el arbolado más característico fue el de hoja perenne (cipreses, abetos, cedros, pinos, tejos, etc.), aunque no faltó el de hoja caduca (sóforas, acacias, sauces, álamos, etcétera). Estos cementerios, salvo la Necrópolis de la Almudena (con un aspecto más europeo y de verdadero parque), fueron en su mayoría modestos patios yuxtapuestos unos a otros, muy alejados de algunos cementerios extranjeros, que fueron verdaderos parques a la inglesa o cementerios-jardín, tal y como proponía el escocés J. C. Loudon, para el que estos lugares podían «llegar a ser una escuela de arquitectura, escultura, paisaje-jardinería, arboricultura y botánica» (29).

(29) STEVENS CURL, J. (1980): *A celebration of Death*, Londres, pp. 249.

BIBLIOGRAFIA

AÑON FELIU, C. (1984): «Noticias sobre los Reales Jardines Botánicos de Migas Calientes y el Prado», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, vol. XXI, separata, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid.

ARIZA MUÑOZ, M. C. (1985): «La Casa de Campo y el Buen Retiro: jardines madrileños que fueron del Real Patrimonio», en *Reales Sitios*, núm. 85, tercer trim., pp. 65-72, Real Patrimonio, Madrid.

- (1984): «Los jardines madrileños en el siglo XVIII», en *Catálogo de la Exposición de Madrid y los Borbones en el siglo XVIII*, pp. 141-155. Comunidad de Madrid, Madrid.

- (1986): «Los Jardines de Recreo del Buen Retiro», en *Koiné*, núm. 3, junio, pp. 17-28. Patrimonio Histórico, Madrid.

- (1988): «Jardines de Recreo en el Madrid del siglo XIX: los Campos Eliseos», en *Goya* núm. 204, mayo-junio, pp. 334-251. Fundación Lázaro Galdiano, Madrid.

BOTTINEAUX, Y. (1960): *L'art de Cour dans l'Espagne de Philippe V (1700-1746)*, 1.ª edic., École de Haute Etudes Hispaniques, Bordeaux.

BROWN, J., y ELLIOTT, J. H. (1981): *Un palacio para un rey*, 1.ª ed., Alianza, Madrid.

COLMEIRO, M. (1875): *Bosquejo histórico y estadístico del Jardín Botánico de Madrid*, 1.ª edic., Imp. Fortanet, Madrid.

CHUECA GOITIA, F. (1949): *Juan de Villanueva*, 1.ª edic., Gráf. Carlos-Jaime, Madrid.

DELEITO Y PIÑUELA, J. (1935): *El rey se divierte*, 1.ª edic., Espasa-Calpe, Madrid.

D'ORS, E. (1964): *Lo Barroco*, 1.ª edic., Aguilar, Madrid.

FERNANDEZ DE LOS RIOS, A. (1876): *Guía de Madrid*, 1.ª edic., La Ilustración Española y Americana, Madrid.

MELIDA, J. (s.a.): *Biografía del Buen Retiro*, 1.ª edic., Imp. Astur, Madrid.

MONREAL, J. (1880): «Las costumbres del siglo XVII. Las fiestas del Retiro», en *La Ilustración Española y Americana*, núm. XXXVIII, 15 oct., pp. 223-226. La Ilustración Española y Americana, Madrid.

NAVASCUES PALACIO, P. (1980): «Introducción al desarrollo urbano de Madrid hasta 1830», en *Catálogo sobre Madrid. Testimonios para su historia hasta 1875*, pp. 15-26. Ayuntamiento de Madrid, Madrid.

- (1978): *Historia del Arte Hispánico: del Neoclasicismo al Modernismo*, 1.ª edic., Alhambra, Madrid.

PONZ, A. (1972): *Viage de España*, edic. facsimil, Atlas, Madrid.

SHAW FAIRMANN, P. (1966): «Madrid y los madrileños del siglo XVII, según los visitantes ingleses», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, vol. I, pp. 137-145. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid.

STEVENS CURL, J. (1980): *A Celebration of Death*, 1.ª edic., Constable, Londres.